

Para despedir a Ernst Bloch

## LA MUERTE Y LA VICTORIA

FERNANDO SAVATER

EN "Huellas" se nos cuenta la parábola del viejo pintor sentado día tras día frente a su bello paisaje amorosamente pintado, de montañas altivas, libres praderas y bosques, hasta que cierto día se encuentra su silla vacía, sus pinceles abandonados, mientras una pequeña figura se pierde por el camino que serpentea a través del cuadro. Así también se ha esfumado a través del tejido de esperanza que él mismo compuso la sombra querida de Ernst Bloch. No creo que haya sido, como se dirá, el último filósofo marxista, es decir, el último pensador que sacó de las reflexiones económicas y sociológicas de Marx no una economía y una sociología, sino una ontología, una filosofía de la Naturaleza y una nueva teoría del tiempo —Historia— y de la condición humana; en este sentido, no fue el último filósofo marxista, sino también el primero y único. El tipo de filosofía que practicó Bloch ya parece imposible en este siglo: quizá fue su divina ingenuidad lo que le permitió hacerla, sin perder frescura ni espontaneidad, sin dejar de interesar ni siquiera cuando es más obviamente recusable. Si Heidegger aspiró a recuperar la inmediatez de la mirada presocrática, Bloch, más modesto, sólo pretendió retornar a los grandes maestros del idealismo alemán, que siguen siendo nuestros griegos, y así Habermas pudo decir de él, con razón, que era un Schelling marxista. Pero en lo que es un pensador absolutamente moderno es en su estilo; es decir, en el hecho de que la fuerza de su pensamiento reside fundamentalmente en su estilo. Bloch alzó una voz inconfundible, hecha de rasgos expresionistas, sí, pero también de lamentos bíblicos, de viejos diálogos humorísticos judíos, de marchen fantásticos, de cancioncillas infantiles... Hay un capítulo del "Principio Esperanza" que se inicia con una cita de Marx, un verso de piratas de Stevenson y un párrafo de Karl May: en lograr engarzar esto con perfecta naturalidad es en



Ernst Bloch: una voz inconfundible, hecha de rasgos expresionistas, pero también de lamentos bíblicos, de canciones infantiles...

los que Ernst Bloch no se parecía a nadie, él, tan clásico en sus enfoques y ahora tan desvergonzadamente imitado.

Shakespeare dijo para siempre que estamos hechos del mismo tejido que los sueños: Bloch lo pensó, convirtió este dictamen en filosofía. El hombre no tiene otra esencia que su anhelo ni otra historia que el activo despliegue de este anhelo. ¿Anhelo de qué? De un orden inmanente, que no nos coaccione

desde fuera de nuestras apetencias; de una fraternidad sin aniquilación de la individualidad y la diferencia; de una justicia sin crueldad, de una comunidad que mate las rencillas sin perder el calor humano. Pero también anhelo de fuertes albas aventureras, de amores entrevistos en la lejanía hacia la que se cabalga, de inventos asombrosos que nos hagan dueños de estrellas y de mares... Para Bloch, el materialismo dia-

léctico de Marx es el último y perfecto heredero de los más altos anhelos humanos y el instrumento científico destinado a cumplirlos, pero su descripción de la íntima condición deseante del hombre es de tal suerte que ahora cuando "El Capital" sea algo tan remoto y bárbaro como el código de Hammurabi... En todo caso, las preguntas fundamentales siguen en pie y, ante todo, la más insidiosa de ellas: "¿No es la esperanza en el utópico futuro la sanción misma de nuestra mísera condición perpetuamente aplazada y aplazadora, antes que el motor imprescindible para salir de ella?". Estos últimos sesenta años han debido ser muy duros para el autor del "Espíritu de utopía", muy cargados de un horror y una bestialidad siempre cubiertos con la máscara de la esperanza (¿puede ser la esperanza algo más que una máscara?), hasta el punto de hacernos tolerable la mediocridad desesperanzada que tomó el relevo de lo utópico. Pero éste es mi dictamen, no el de Bloch: quizá la esperanza se alimenta precisamente de su fracaso, se nutre de lo que la burla.

En el año 56 se le impidió continuar su enseñanza en la República Democrática Alemana; ya hace mucho que había reconsiderado su primera adhesión al fiscal Vichinsky en los procesos de Moscú. Últimamente, Bloch interesaba más a los teólogos y a los curas con mal de salvación que a los marxistas, poco propensos a la reflexión ontológica y mucho menos a la ética. Residuo espléndido de un algo que no podría cesar, ha muerto solitario en Tübingen a los noventa y dos años de edad. Había escrito vigorosas y sutiles páginas sobre la muerte, reto indudable para todo proyecto utópico. "No se trata tanto de lograr una victoria sobre la muerte como de unir la muerte a nuestra victoria", dijo. Unir la muerte a nuestra victoria, esto es: hacer de tal modo que ya no sea arma y fundamento de lo que nos esclaviza, sino una perspectiva más de la libertad. Esto es justamente lo imposible frente a lo que Bloch reclamó la potente paradoja de la posibilidad. Destino patético de su muerte es el primer paso que ha dado más allá de la esperanza. ■